

hoja, que esos caballeros que están á la puerta me esperan para que vayamos á comer.

Aquellos bienhechores míos, aquellos mis redentores del arancel de aduanas, suelen llamarse Jacinto Gutierrez, Bonald y Luis F. Mantilla, que llegaban asistidos de los dos grandes elementos que se necesitan para toda comida: mucha hambre y muy buen humor.

—Chicos, á la disposicion de vdes., les dije, y salimos de la botica.

Nuestra comida fué en el Delmónico, en un saloncito de cristales aislado, con todo lo constitutivo del lujo y del *confortable*, ó sea á propósito para estar cómodo y contento.

La atmósfera de la charla se fué tendiendo vaporosa y como brotando sus celajes de oro de las soperas, los platos y las copas.

Las bujías del alto candelabro irradiaban como un firmamento de llama, y las palabras eran como enjambres de aves de canto delicioso que vagaran al acaso en un verjel espléndido.

Bonald nos recitó algunas de sus deliciosas traducciones de Hein, que le han dado merecida celebridad en el mundo de las letras. Gutierrez declamó varias poesías suyas, que son como obras primorosas de filigrana; que son como esas creaciones de espuma de encaje y de niebla, escapadas del buril de Benvenuto Cellini ó del pincel soñador del delicado Corregio.

Gutierrez, puede decirse que es el hombre de la alta sociedad parisiense: narra como Dumas, cria como Mery y

forja el cuento fantástico como Hoffman y como Richtter; argulle, disputa, hace saltar la paradoja inverosímil y la sostiene en un cabello como un equilibrista prodigioso.

Las risas, las emociones de ternura, la explosion del entusiasmo nos hacían cortejo, y las horas pasaban desapercibidas y como ocultándose, para no interrumpir nuestro contento.

Cuando pidió la palabra el corazon para que Gutierrez y Bonald hablasen de su patria y de sus padres, Mantilla, que todo es bondad y ternura, pidió que brindásemos por su negrita.

Entre bromas y alusiones cariñosas, pedimos al sacerdote de la niñez, nos dijese algo de su negrita.

La negrita de Mantilla fué su nodriza, nodriza negra, de la servidumbre de su casa: no solo le alimentó á sus pechos; no solo cuidó y dirigió su primera educacion, sino que fué su guía, su amparo, su madre y el ángel custodio de sus primeros años; y Mantilla no solo venera su memoria; no solo ha levantado un monumento que guarda sus cenizas, sino que sus recuerdos son poemas de arrullos, de ternura filial, que simpatizan y dejan entrever la bondad infinita de esa alma niña consagrada á los niños.

En efecto, Mantilla es uno de los hombres más respetables que yo haya conocido: su vida es una consagracion sublime á la purificacion del hombre por medio de la instruccion; su elevadísima inteligencia no busca lauros, no aspira á honores; quiere y anhela por la instruccion, y esa faz de lo bello y lo bueno, lo absorbe y lo embebe en su objeto con fanatismo sublime.

El Japon, la China, las Américas, los lugares más salva-

jes resuenan con su nombre: los libros de Mantilla son la gran Cruzada de la civilización en todo el mundo; él es el único que ignora su mérito; es sencillo hasta la humildad, y pone su persona al servicio de los desvalidos, con placer y como si en ello recibiera favor.

Allí, á su celdita de monje, á su vivienda oscura, van estos recuerdos, recuerdos de gratitud, porque Mantilla honra cuando estrecha la mano de un hombre llamándole su amigo.

La conversacion, que solia adquirir esos matices de gravedad y conmocion, se rompía alegre al tocar en la frente de Gutierrez, y entónces, como de una cajita de chucherías y joyas, saltaban las *ladies*, los teatros, los paseos, las bellas artes, los poetas y las bacantes de la crónica escandalosa de la Ciudad Imperio.

Respecto de bellas artes, me hice eco de la opinion vulgar de que los americanos las descuidan, de que falta al pueblo de fogoneros y postillones el soplo divino que engendró los Rafaeles y Murillos; pero fácilmente corrigieron mis errores, con solo citarme las numerosas y bien dotadas academias de dibujo y la aplicacion de él á las artes útiles.

Yo replicaba:

—No me podrán vdes. negar que muy frecuentemente se confunde el mérito de las obras de arte; que el vulgo prefiere una muñeca medio desnuda y con pedazos de esmalte por soguillas y pulseras, á creaciones delicadas; que hay estatuas aun frente al Capitolio, que son blasfemias.

—Puede ser que en algo de lo que vd. dice tenga razon; pero es necesario para entendernos, me dijo uno de los circunstantes, que nos pongamos de acuerdo en el punto de

partida de la crítica. Fijese vd., continuó, en que la práctica de la igualdad es cosa que repugna al europeo, y más al europeo bien educado; de ahí las amargas censuras á las faltas del bien parecer y de cultura á la europea. Como de esa crítica se apoderaron personas inteligentes, por otra parte poco capaces de analizar las instituciones y los elementos constitutivos de esta sociedad, cobraron boga las censuras al yankee, que enarbolaba sus piés sentándose en la espalda; del que escupe; del que forma un polvero de tenacilla con el índice y el pulgar; del que bebe con su criado, y del mozo de café que habla en un *meeting* con el desplante de Mirabeau. Lo mismo son las críticas de las bellas artes y de todo.

Pero hoy es distinto: los hijos de ricos comerciantes, capitalistas y banqueros, se educan en gran número en Europa: es muy común en las personas de buen tono la posesion de tres y cuatro idiomas; la buena sociedad americana tiene mucho de la buena sociedad inglesa, sin su etiqueta tirante y sin las ceremonias, empalagosas á veces, del afiligranamiento frances.

Le prueba á vd. ese refinamiento, la boga de la Ristori y de actores de su mérito. La Aimée ha hecho en los Estados-Unidos una cuantiosa fortuna.

Las ediciones americanas pueden competir con las primeras del mundo, y sus delicadísimos grabados suponen artistas de primer orden.

Hay multitud de particulares que tienen galerías espléndidas en que se pueden seguir los progresos del arte moderno.

—Yo daré á vd., dijo otro de los amigos, algunas apunta-

ciones sobre bellas artes, y por ahora me reduciré á hacerle notar que algunos viajeros especuladores pintan al yankee, como lo hacen, por la misma razon que nos pintan á los mexicanos bailando con sombrero jarano y espuelas, y á las damas con su rebozo terciado y su cigarrillo en la boca. Si nos pintaran de una manera comun, nadie compraria sus obras.

El Sr. Gutierrez, que es muy diestro y caballeroso para hacer los honores de anfitrión, dió otro giro á la conversacion, y abriéndose nuevos horizontes, volaron á ellos como parvadas de aves regocijadas nuestros pensamientos.

Como memoria de aquel delicioso convite, dejé á Jacinto Gutierrez el siguiente recuerdo de mi gratitud:

A JACINTO GUTIERREZ Y COLL.

A mí tú, inspiracion, á mí que ardiente
A tu ala de relámpago confiado,
Tendí en la tempestad soberbio el vuelo,
Y á la region etérea remontado,
Cruzando el firmamento de la gloria,
Olvidé el fango del mundano suelo.

Angel de inspiracion, cuando tu cauda
Se agita en el espacio, se alza en olas
De ópalo y graná el esplendor del día,
Estalla el viento en himnos de esperanza,
Sobre la tierra llueven flores bellas
Y señalan la senda que recorres
Cuando llega la sombra, las estrellas.

Van dejando tus cantos deliciosos,
Como estela de fuego en el vacío,

Como el manto de púrpura esplendente
Que cuelga el sol del cielo de Occidente,
Y reproduce en su cristal el río.

Y así elevado y con la frente erguida,
Oh juventud! te estrecharé en mi seno,
Mientras retumba amenazante el trueno
En el mar tempestuoso de mi vida.

Y así elevado en ráfagas de acentos
Que estallan del volcan de mi ternura,
Volarán, perfumándose los vientos,
Con mis himnos de amor y de ventura.

Aguila jóven, tú desde tu altura
Herida viste en la caduca rama
Al ave sin su sombra y sin su nido,
Que en vez de canto armónico exhalaba
Doloroso gemido.

¿Nave ligera, el vuelo detuviste
Orlada de tus lindas banderolas,
Para amparar amante al barco triste
Que se va hundiendo náufrago en las olas?

Ave de dulce canto,
¿Por qué dejas tus mágicos pensiles?
¿Por qué del lago el delicioso encanto
Y su faz sosegada y cristalina,
Para trinar entre la ingrata yerba
Que surge entre las grietas de la ruina?

¿Por qué, poeta, al trovador errante,
Al que tiene en la planta vivas llagas
De atravesar desiertos y malezas,
Le ofreces esplendores,
Le circuyes de amigos y ternezas,
Le coronas de lauros y de flores? . . .

¿No ves tú que los lauros y las rosas
Se secan con mi llanto? ¿tú no sabes

Que cuando no halla abrojos mi camino
 Teme abismos mi bárbaro destino?....
 ¿No sabes que ese vino que levanta
 Tu copa trasparente entre sollozos,
 Va á pasar calcinando mi garganta?....
 ¿Qué no conoces que si rasgo el velo
 Con que cubro mis ansias, como noche
 Va á sepultarnos mi tremendo duelo?....
 Ven á mi corazon.... posa tu frente
 Sobre mi pecho.... invoca de tu padre
 En quien adoras.... santa la memoria,
 Y á las altas virtudes y al renombre
 Entre mis brazos te unirá la gloria.

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-York.—Julio 20 de 1877.



XV

Bellas artes.—Literatura.

AHORA sí me puedo dar gusto elogiando un capítulo de mi obra; ahora sí que entré en esa fácil gloria de los que hacen recopilaciones, índices y cuadros sinópticos que arden en un candil y procuran reputaciones colosales.

Esto de las bellas artes me traía desasosegado; por una parte, decía yo, sigamos la corriente y digamos, haciendo coro con todos los viajeros, que estos hombres no son para la inspiración y para el buen gusto; citemos esos muñecos que son delicia de muchos, con sus colores rechinantes y sus oropeles; pongamos en espectáculo esas rocas formadas de trozos de jamon y esos mares cuyas olas parecen de algodón escarmenado; con esto lisonjaremos á los que rabian de ver la prosperidad de estas gentes, y se realza indirectamente nuestra reputación de patriotas, pues se deja